



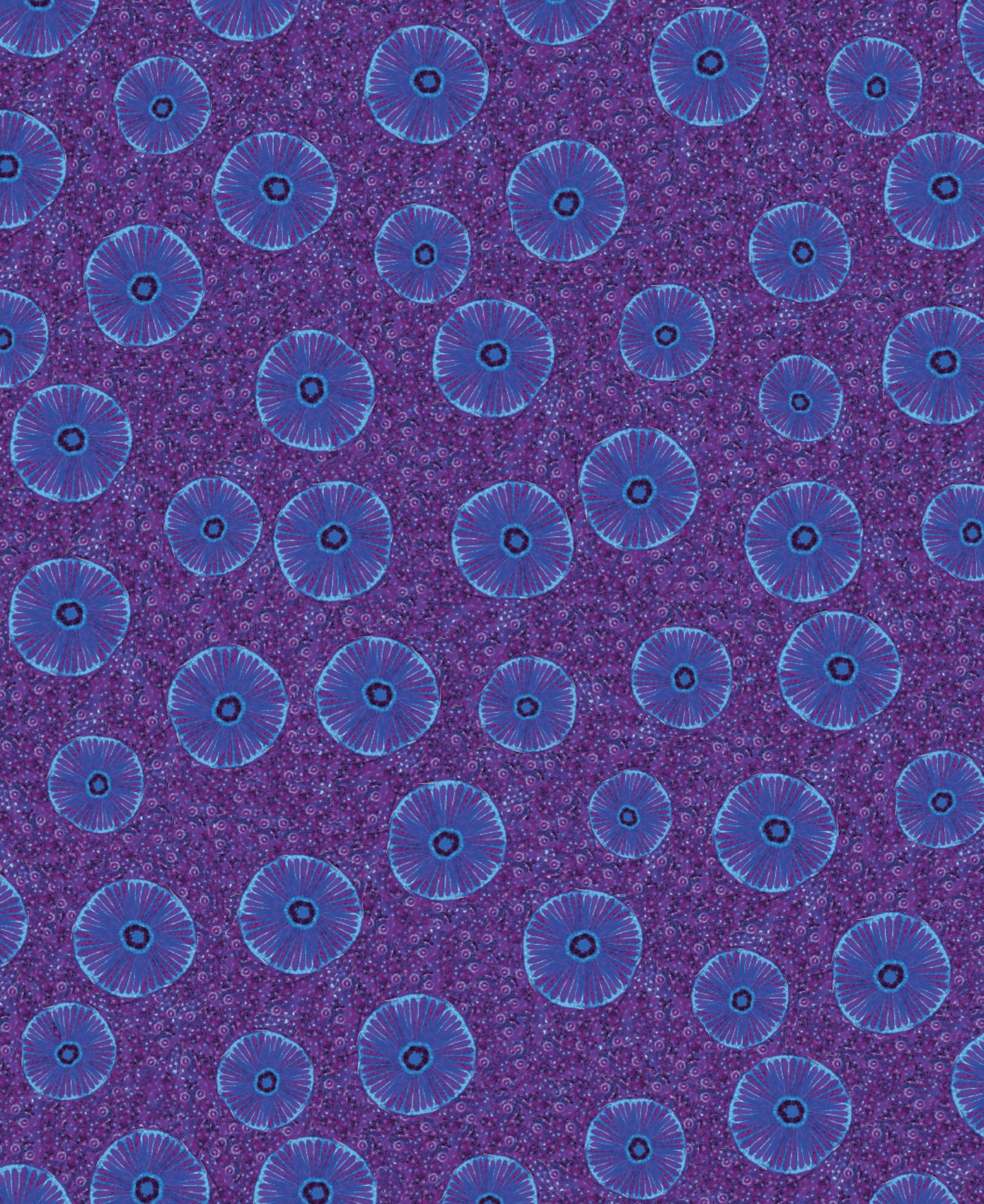
ALICIA

EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

TEXTO DE ILUSTRADO POR

Lewis Carroll Rébecca Dautremer





Clásicos del Fondo

ALICIA

EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Primera edición en francés, 2010
Primera edición en español, 2012

Carroll, Lewis
Alicia en el País de las Maravillas / Lewis Carroll ;
trad. de Luis Maristany ; ilus. de Rébecca Dautremer. —
México : FCE, 2012
137 p. : ilus. ; 35 × 28 cm — (Colec. Clásicos)
Título original: *Alice's Adventures in Wonderland*
ISBN 978-607-16-0814-7

1. Literatura infantil I. Maristany, Luis, tr. II. Dautremer,
Rébecca, il. III. Ser. IV. t.

LC PZ7

Dewey 808.068 C134a

Distribución en Estados Unidos y América Latina excepto Brasil

Lewis Carroll, *Alice's Adventures in Wonderland*

© 2010, Hachette Livre / Gautier Languereau
Título original: *Alice au pays des merveilles*

© Luis Maristany, traducción
cedida por Random House Mondadori, S. A.

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco 227, Bosques del Pedregal
C. P. 14738, México, D. F.
www.fondodeculturaeconomica.com
Empresa certificada ISO 9001:2008

Colección dirigida por Eliana Pasarán
Edición: Clara Stern Rodríguez
Diseño: León Muñoz Santini

Comentarios y sugerencias:
librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: (55)5449-1871. Fax.: (55)5449-1873

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin la anuencia por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN 978-607-16-0814-7

Se terminó de imprimir y encuadernar en marzo de 2012
en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA),
calzada San Lorenzo 244, Paraje San Juan, C. P. 09830, México, D. F.

El tiraje fue de 7000 ejemplares.

Impreso en México • *Printed in Mexico*



ALICIA

EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

TEXTO DE

Lewis Carroll

ILUSTRADO POR

Rébecca Dautremer

TRADUCIDO POR

Luis Maristany

 FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA



DESCENSO POR LA MADRIGUERA

Alicia empezaba a estar harta de seguir tanto rato sentada en la orilla, junto a su hermana, sin hacer nada, una o dos veces se había asomado al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía ilustraciones ni diálogos, “¿y de qué sirve un libro —pensó Alicia— si no tiene ilustraciones ni diálogos?”

Así que estaba considerando (como mejor podía, pues el intenso calor la hacía sentirse muy torpe y adormilada) si la delicia de tejer una guirnalda de margaritas la compensaría de la molestia de incorporarse y recoger las flores, cuando de pronto un Conejo Blanco de ojos rosados pasó velozmente a su lado.

Nada extraordinario había en todo eso, y ni siquiera le pareció *nada* extraño oír que el Conejo se dijera a sí mismo:

— ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué tarde voy a llegar! — (cuando después pensó en el asunto, se sorprendió de que no la hubiera maravillado, pero entonces ya todo le resultaba perfectamente natural); sin embargo, cuando el Conejo, sin más, *se sacó un reloj del bolsillo del chaleco*, y lo miró y apuró el paso, Alicia se levantó de un brinco porque de pronto comprendió que jamás había visto un conejo con chaleco y con un reloj en su interior y, ardiendo de curiosidad, corrió a campo traviesa detrás de él, justo a tiempo para ver cómo se colaba por una gran madriguera que había bajo un seto.





Allí se metió Alicia al instante, tras él, sin pensar ni por un solo momento cómo se las ingeniaría para volver a salir.

Por un trecho, la madriguera seguía recta como un túnel, y luego, de repente, se hundía; tan de repente que Alicia no tuvo ni un instante para pensar en detenerse, sino que se vio cayendo por lo que parecía ser un pozo muy profundo.

O el pozo era muy profundo o ella caía muy despacio; el caso es que, conforme iba cayendo, tenía tiempo sobrado para mirar alrededor y preguntarse qué iría a suceder después. Primero trató de mirar abajo y averiguar adónde se dirigía, pero estaba demasiado oscuro para ver nada; luego miró las paredes del pozo y advirtió que estaban llenas de alacenas y estantes. Veía, aquí y allá, mapas y cuadros colgados. Al pasar por uno de los estantes, cogió un tarro con una etiqueta que decía:



pero qué desencanto: estaba vacío. No quiso soltarlo por miedo a matar a alguien; así que se las arregló para colocarlo, al paso que caía, en uno de los estantes.

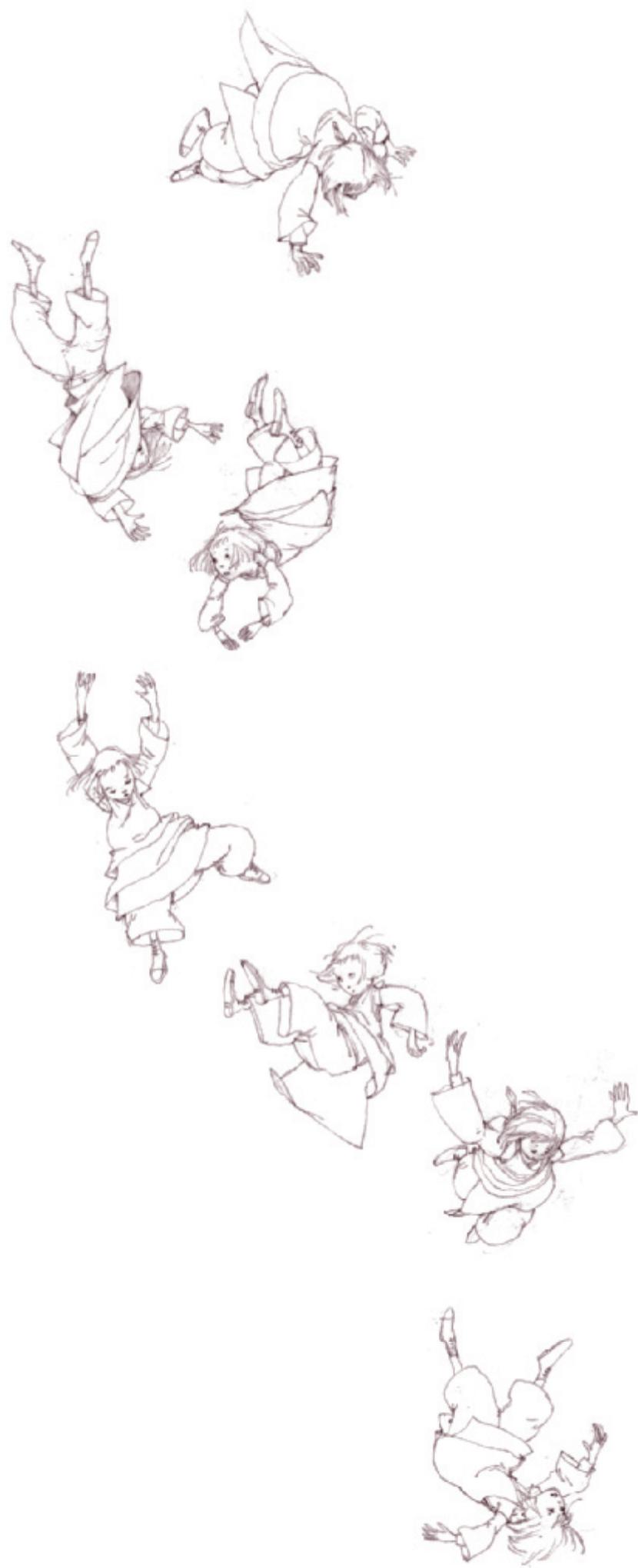
“¡Bueno —pensó Alicia—, después de una caída así, ya puedo rodar por las escaleras que sean! ¡Qué valiente van a pensar que soy en casa! ¡No chistaría ni aunque me cayera del tejado!” (Lo cual era más que probable.)

Abajo, abajo, abajo: ¿Es que *nunca* iba a terminar de caer?

—Me pregunto cuántos kilómetros he caído ya —dijo en voz alta—. Debo de estar llegando al centro de la Tierra. Veamos: eso sería unos seis mil quinientos kilómetros, creo... —(pues, como ven, Alicia había aprendido cosas de este tipo en la escuela, y aunque no fuera precisamente la *mejor* ocasión para exhibir sus conocimientos, ya que no había nadie que la escuchara, siempre era una buena práctica repetirlo)—, sí, ésa será la distancia... pero entonces, ¿en qué latitud o longitud me encuentro? —(Alicia no tenía ni idea de lo que significaban esas palabras, pero al decirlas le sonaban muy hermosas y nobles).

Y empezó otra vez:

—Me pregunto si caeré *atravesando* directamente la Tierra... ¡Qué divertido sería aparecer entre gente que va patas arriba! Las Antipáticas, creo que se llaman... —(no poco se congratuló esta vez de que nadie la escuchara, porque la palabra no le sonaba del todo correcta)—, pero tendré que preguntar el nombre





del país. Por favor, señora, ¿es esto Nueva Zelanda o Australia? —(y al decirlo, intentó hacer una reverencia... ¡Figúrense, una *reverencia*, mientras caía por los aires! ¿Serían capaces de hacerla?)—. ¡Y qué ignorante me juzgaría la señora! No, nunca lo preguntaré: tal vez lo vea escrito en algún lado.

Abajo, abajo, abajo. No había otra cosa qué hacer, así que Alicia se puso a hablar de nuevo:

— ¡Ay, creo que Dina me va a echar mucho de menos esta noche! —(Dina era la gata)—. Espero que se acuerden de su platito de leche a la hora del té. ¡Dina querida, ojalá estuvieras aquí abajo conmigo! No hay ratones en el aire, me temo, pero podrías atrapar algún murciélago, y eso, ya sabes, es muy parecido a un ratón. Pero, ¿comen murciélagos los gatos? —y aquí Alicia empezó a adormilarse y a repetir su pregunta como si soñara —: ¿Comen murciélagos los gatos? ¿Comen murciélagos los gatos? —y a veces —: ¿Comen los murciélagos gatos?

Porque, como no podía dar respuesta a sus preguntas, poco importaba la manera de hacerlas. Sintió que se dormía y había empezado a soñar que iba de la mano con Dina y le preguntaba muy seria: “Ahora Dina, dime la verdad, ¿te has comido alguna vez un murciélago?”, cuando de pronto ¡bum!, ¡bum!, fue a dar sobre un montón de ramas y hojas secas. El descenso había concluido.

Alicia no se hizo el menor daño y, al instante, de un salto, se incorporó; miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro; ante ella se abría otro largo pasadizo y aún vio al Conejo Blanco que se internaba apresuradamente. No había tiempo qué perder: allá fue Alicia, como el viento, y llegó a tiempo de oírlo decir mientras desaparecía por una esquina:

— ¡Por mis orejas y mis bigotes, qué tarde se me está haciendo!

Lo tenía casi a un paso, pero cuando ella dobló la esquina, el Conejo ya se había esfumado. Alicia se encontró en una sala larga y baja, alumbrada por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

Había puertas por todos los lados de la sala, pero estaban todas cerradas, y cuando Alicia la hubo recorrido de parte a parte y tanteado una a una sus puertas, se encaminó tristemente hacia el centro, pensando cómo se las arreglaría para salir.

De pronto se encontró ante una mesita de tres patas, toda ella de cristal: no había otra cosa encima que una diminuta llave de oro, y lo primero que se le ocurrió a Alicia fue que la llavecita correspondería a una de las puertas de la sala; pero, ¡ay!, o las cerraduras eran demasiado grandes o la llave era demasiado pequeña, el caso es que no abría ninguna. Sin embargo, en un segundo intento, descubrió una cortina baja que no había notado antes, y detrás había una puer-



tecita de unos cuarenta centímetros de altura. Probó la llavecita de oro en la cerradura y, con gran alegría, vio que ¡encajaba!

Alicia abrió la puerta y descubrió que conducía a un estrecho pasadizo, no mucho mayor que una ratonera. Se arrodilló y, a través del corredor, vio el más hermoso jardín que jamás hayan visto. ¡Qué ganas tenía de dejar la sombría sala y deambular por entre aquellos lechos de rutilantes flores y aquellas frescas fuentes!, pero ni siquiera le entraba la cabeza por el hueco de la puerta; “y en caso de que pasara —pensó Alicia— de poco me serviría sin los hombros. ¡Ah, cómo me gustaría plegarme como un telescopio! Creo que podría, si supiera cómo empezar”. Porque, ya ven, le habían ocurrido últimamente tantas cosas extraordinarias que Alicia empezaba a pensar que muy pocas eran realmente imposibles.

Era inútil quedarse allí plantada ante la puertecita, así que volvió a la mesa, con cierta esperanza de hallar encima otra llave o, al menos, un libro con las instrucciones para poder plegarse como un telescopio. Esta vez encontró una botellita (“que por cierto no estaba aquí antes”, se dijo Alicia); tenía atada alrededor del cuello una etiqueta de papel, en mayúsculas bellamente impresas, con la palabra:



Bien estaba eso de decir “bébeme”; pero una niña tan precavida como Alicia no iba a bebérselo sin más. “No —se dijo—, primero habría que ver si indica o no veneno”, porque había leído varias historias muy bonitas de niños que fueron quemados vivos o devorados por bestias salvajes y demás cosas desagradables, y todo por *negarse* a recordar los sencillos preceptos que amistosamente les habían inculcado. Por ejemplo: que un atizador al rojo vivo quema si se lo sostiene por mucho rato; o que si uno se hace un corte muy profundo con un cuchillo en el dedo, por regla general sangra, y que (eso Alicia no lo había olvidado) si uno bebe mucho de una botella que dice “veneno”, lo más probable es que, tarde o temprano, haga daño.

Sin embargo, en el frasco no decía “veneno”, así que Alicia se atrevió a probarlo y, como tenía un sabor muy rico (de hecho sabía a una mezcla de tarta de cerezas, natillas, piña, pavo asado, caramelo y crujientes tostadas de pan con mantequilla), se lo bebió de un trago.







—¡Que sensación más curiosa! —dijo Alicia—. ¡Creo que me estoy plegando como un telescopio!

Y así era, en efecto: ahora sólo medía veinticinco centímetros de altura, y se le iluminó el rostro al pensar que ahora tenía la estatura adecuada para pasar por la puertecita que le conduciría al hermoso jardín. No obstante, esperó unos minutos para ver si seguía achicándose; se sentía un poco nerviosa por ello, pues “podría acabar desapareciendo del todo —pensó—, como una vela, ¿y qué sería de mí entonces?” Trató de imaginarse qué aspecto tiene la llama al apagarse, porque no podía recordar haber visto nunca una cosa semejante.

Al cabo de un rato, viendo que nada nuevo le ocurría, decidió entrar de inmediato en el jardín; pero, ¡ay, pobre Alicia!, cuando llegó a la puerta, se dio cuenta de que había olvidado la llavecita de oro y, al volver a la mesa por ella, advirtió que no podía alcanzarla: la veía perfectamente a través del cristal, e intentó trepar por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza y, agotada de su tentativa, la pobrecita se sentó y se puso a llorar.

—¡Eh, de nada sirve llorar así! —se dijo Alicia con bastante entereza—. ¡Te aconsejo que pares ahora mismo!

Solía darse muy buenos consejos (aunque pocas veces los pusiera en práctica) y a veces se reprendía con tal severidad que hasta le saltaban las lágrimas. Y aún recordaba que en una ocasión trató de darse una cachetada por hacer trampa al jugar consigo misma en una partida de croquet; porque esta curiosa niña era muy aficionada a fingir que era dos personas. “¡Pero ahora es inútil pretender ser dos personas! —pensó Alicia—. ¡Si apenas ha quedado de mí lo suficiente para contar una persona *entera!*”

Poco después descubrió una cajita de cristal que había bajo la mesa: la abrió y halló en ella un minúsculo pastelito sobre el que se leía, bellamente impresa con pasas, la palabra:





—Bueno, lo comeré —dijo Alicia—. Si me hace más grande, podré tomar la llave, y si me hace más pequeña, podré colarme por debajo de la puerta; así, de un modo u otro, ¡entraré en el jardín!

Comió un poquitín y se preguntó con ansiedad: “¿por dónde?, ¿por dónde?”, poniéndose la mano encima de la cabeza para averiguar si era hacia arriba o hacia abajo; y no poco se sorprendió al ver que conservaba la misma estatura. En realidad, esto es lo que suele ocurrir cuando uno come pastel, pero tan acostumbrada estaba Alicia a que sólo le ocurrieran cosas extraordinarias, que le pareció de lo más soso y estúpido que la vida siguiera con su curso normal.

Así que, manos a la obra, pronto acabó con el pastel.





CAPÍTULO II

EN UN MAR DE LÁGRIMAS

— ¡Más que recurioso, requetecurioso! — exclamó Alicia (tan sorprendida estaba en aquel momento que se olvidó por completo de hablar con entera corrección) —. ¡Qué estirón! ¡Ni que fuera el telescopio más grande del mundo! ¡Adiós, pies! — (porque al mirarlos le pareció que los perdía de vista, de tanto que se alejaban) —. ¡Ay, mis pobres piecitos, quién les pondrá ahora los zapatos y los calcetines! ¡Estoy segura de que yo no! Demasiado lejos estaré como para ocuparme de ustedes; tendrán que arreglárselas solitos, lo mejor que puedan... pero debo ser amable con ellos — pensó Alicia — ¡o se van a negar a caminar por donde yo quiera ir! Les regalaré un par de botas nuevas todas las Navidades.

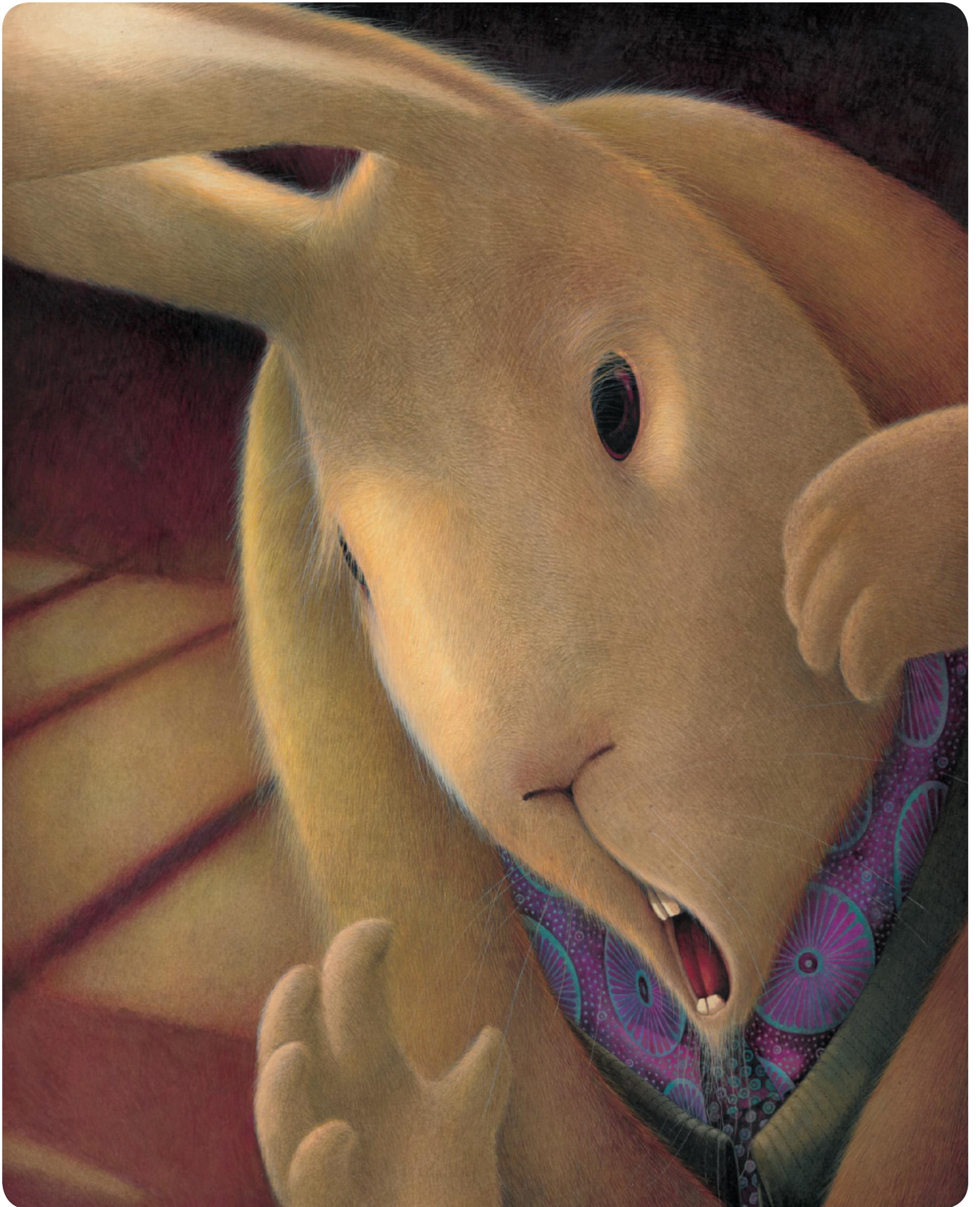
Y siguió discurrendo cómo se las arreglaría. “¡Tendrá que ser por correo! — pensó —. ¡Qué divertido enviar regalos a los mismísimos pies de una! ¡Y qué extrañas van a resultar las direcciones!

*Sr. D. Pie Derecho de Alicia
Felpudo de la chimenea
Junto al guardafuegos
(con cariños de Alicia).*

¡Ay, Dios mío, qué disparates digo!”

Fue entonces cuando su cabeza chocó contra el techo de la sala; de hecho, tenía ahora algo más de dos metros y medio de altura; tomó al instante la llavecita y se precipitó hacia la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Apenas si, tumbada de costado, podía mirar el jardín con un





solo ojo; pero acceder a él era más que imposible: se sentó y otra vez prorrumpió en llanto.

— ¡Vergüenza debería darte llorar de esta manera! — se dijo Alicia—. Una niña tan grande! — (bien podía hablar así) —. ¡Basta ya, te lo ordeno!

Pero siguió llorando litros y litros de lágrimas, como si nada, hasta formar alrededor un gran charco de unos diez centímetros de profundidad, que cubrió la mitad de la habitación.

Al cabo de un rato, oyó a la distancia un leve sonar de pasos, y se secó rápidamente los ojos para ver quién venía. Era el Conejo Blanco, que regresaba muy elegantemente vestido, con guantes blancos de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra. Venía dando apurados saltitos y murmuraba para sí:

— ¡Ay, la Duquesa, la Duquesa! ¡Qué furiosa se va a poner si la hago esperar!

Alicia se sentía tan desesperada que estaba decidida a pedir ayuda a quien fuera; así que, cuando el Conejo estuvo cerca, empezó a decirle con voz tímida y baja:

— Por favor, señor...

Pero el Conejo, del susto, dejó caer los guantes y el abanico, y se escurrió en la oscuridad lo más deprisa que pudo.

Alicia recogió el abanico y los guantes y, como hacía mucho calor en la sala, se puso a abanicarse todo el tiempo mientras hablaba.

— ¡Díos mío, Dios mío! ¡Qué extraño es todo hoy! ¡Y ayer, en cambio, era todo normal! ¿Habré cambiado durante la noche? Vamos a ver: ¿era yo la misma al levantarme esta mañana? Casi creo recordar que me sentía un poco distinta. Pero si no soy la misma, la pregunta siguiente es: ¿quién diablos soy? ¡Ah; *ése* es el gran enigma! — y se puso a pensar en todas las niñas, amigas de su misma edad, para ver si se había transformado en alguna de ellas.

— No soy Ada, estoy segura de que no — dijo —, porque lleva largos rizos en el pelo, y el mío en cambio no tiene rizos; y estoy segura de que tampoco soy Mabel, porque yo sé un montón de cosas, y ella... ¡ella sabe poquísimas! Además, *ella* es ella, y yo soy yo y... ¡Ay, Dios mío, qué enrevesado es todo esto! A ver si sé todas las cosas que sabía antes. Veamos, cuatro por cinco, doce, y cuatro por seis, trece y cuatro por siete... ¡Ay, Dios mío, a este paso nunca llegaré a veinte! Pero la tabla de multiplicar no significa nada; probemos con la geografía. Londres es la capital de París, París la capital de Roma, Roma... ¡No, todo *eso* está mal, seguro! ¡Debo haberme transformado en Mabel! Probaré a recitar ¡Ay, *el pobre inocente*...!

Y cruzó las manos sobre el regazo, como si estuviera diciendo la lección, y



empezó a recitar; pero la voz sonaba ronca y extraña, y las palabras no eran las mismas que solían ser:

*¡Ay, el pobre inocente cocodrilo,
cómo aprovecha su brillante cola
y derrama las aguas de ola en ola
por sus bellas escamas en el Nilo!*

*¡Qué alegre estás cuando muestras los dientes,
con qué celeridad abres tus garras
y a los peces saludas y desgarras.
¡Se cuelan por tus fauces sonrientes!*

— Seguro que ésta no es la letra exacta — dijo la pobre Alicia, y se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas mientras proseguía—. Al final resultará que soy Mabel y voy a tener que ir a vivir a su casucha, y para colmo casi sin juguetes, y ¡ay!, ¡tener siempre lecciones que aprender! No, eso sí que no: ¡si soy Mabel, me quedaré aquí abajo! De nada les va a servir que se pongan cabeza abajo y me digan: “¡Anda, niña, sube!” Me quedaré mirándolos y les diré: “¿Quién soy yo, primero? Contéstenme, y luego, si me gusta ser esa persona, subiré, si no, me quedaré aquí abajo hasta que sea otra...” Pero, ¡Dios mío! —exclamó Alicia, estallando en lágrimas—. Si al menos aparecieran cabeza abajo! ¡Estoy *cansadísima* de estar aquí tan sola!

Al decir esto, se miró las manos y se sorprendió al ver que se había puesto uno de los guantecillos blancos del Conejo mientras hablaba. “¿Cómo he *podido* hacerlo? —pensó—. Debo de estar achicándome otra vez.” Se levantó y fue a la mesa para medirse respecto a ella; según sus cálculos, medía ahora unos sesenta centímetros de altura y seguía encogiéndose rápidamente. Pronto advirtió que la causa de ello era el abanico que tenía en la mano, y lo arrojó al instante, justo a tiempo para no seguir decreciendo hasta su total extinción.

— ¡Me *libré* por poco! — dijo Alicia, bastante asustada por tan súbita transformación, pero muy contenta al verse aún viva—. ¡Y ahora, al jardín!

Y corrió a toda prisa hacia la puertecita; pero, ¡ay!, ésta volvía a estar cerrada y la llavecita de oro había quedado, como antes, sobre la mesa de cristal, “y las cosas van de mal en peor —pensó la pobre niña—, ¡pues nunca, nunca fui tan pequeña como ahora! ¡Realmente horroroso!”



245

246



LE JEU DE
CROQUET.
PRINCE CROQUET
PARLON FINON COMPLET
PARLON TROIS CROQUET.



VILLE DE NUR-DE-BRE
Grand Concours de
DE BOULES ET QUILL
LE DIMANCHE 12
CONCOURS DE
CONCOURS DE PA
CONCOURS







Al decir esto, resbaló y al instante, ¡*plaf!*, se hundió en agua salada hasta la barbilla. Lo primero que pensó fue que, de algún modo, había caído al mar, “en cuyo caso puedo regresar en tren” (Alicia, que había ido una sola vez a la playa, había llegado a la precipitada conclusión de que, fuera cual fuera el punto de la costa inglesa en que uno se encontrara, siempre podría hallar casetas móviles para bañarse en el mar, niños cavando en la arena con palas de madera, luego una hilera de hoteles y, al final, una estación de ferrocarril). Sin embargo, pronto comprendió que estaba en el propio mar de lágrimas que había derramado cuando sobrepasaba los dos metros y medio de altura.

— ¡Ojalá no hubiera llorado tanto! — dijo Alicia, mientras nadaba de un lado a otro y trataba de encontrar la salida—. ¡Supongo que ahora como castigo me ahogaré en mis propias lágrimas! ¡Esto *sí* que es extraño! Pero hoy todo es tan extraño...

En ese momento oyó cerca un chapoteo en el agua y se acercó a nado para averiguar qué era. Al principio pensó que sería una morsa o un hipopótamo, pero luego, al recordar lo pequeña que era ahora, comprendió que sólo se trataba de un ratón que había resbalado como ella.

“¿Vale la pena — pensó Alicia — dirigir la palabra a este ratón? Aquí abajo es todo tan extraordinario que no me extrañaría que el ratón pudiera hablar; en todo caso, nada se pierde intentándolo.” Así que comenzó:

— ¡Oh, Ratón!, ¿sabes el modo de salir de este lago? Estoy fatigadísima de tanto nadar, ¡oh, Ratón!

Alicia pensó que ésta era la forma más adecuada de dirigirse a un ratón: nunca lo había hecho, pero recordaba haber visto en la gramática latina de su hermano: “Un ratón / de un ratón / a un ratón / para un ratón / ¡oh, ratón!” El Ratón la miró con aire inquisitivo; a Alicia le pareció que le guiñaba un ojo, pero nada dijo.

“A lo mejor no entiende mi lengua — pensó Alicia—. ¿Será un ratón francés, llegado con Guillermo el Conquistador?” (porque, pese a conocer tantos hechos de historia, Alicia no tenía muy claro cuándo habían sucedido). Así que volvió a empezar:

— *Où est ma chatte?* — que era la primera frase de su libro de francés.

El Ratón dio un repentino salto, y todo él se estremeció de espanto.

— ¡Ay, perdón! — exclamó Alicia enseguida, temerosa de haber herido los sentimientos del pobre animal—. Se me olvidó que no te gustan los gatos.

— ¡Que no me gustan los gatos! — gritó el Ratón, con voz chillona y llena de cólera—. ¿Te gustarían a *tí* si estuvieras en mi lugar?





—Bueno, posiblemente no —dijo Alicia en tono conciliador—: no te enfades por eso. Pero me gustaría poder presentarte a nuestra gata Dina. Creo que no te desagradarían tanto los gatos si la vieras. ¡Es tan tranquila y amable! —prosiguió Alicia, más bien para sus adentros, mientras nadaba con indolencia por el charco—; ¡y sentada junto al fuego, ronronea que es una delicia, y se lame las patas y se lava la cara... y es tan dulce y suave que da gusto mecerla... y tan estu-penda cazando ratones...! ¡Ay, perdón! —exclamó de nuevo Alicia, porque esta vez el Ratón se puso todo erizado y, ella estaba segura, con cara de realmente ofendido—. Mejor será no hablar más de ella si no te gusta.

—¡Mejor será, sin duda! —gritó el Ratón, que estaba temblando hasta la mismísima punta de la cola—. ¡Voy a querer yo hablar de semejante tema! Nuestra familia odia siempre a los gatos: ¡sucios, bajos, rastreros! ¡Que no oiga esa palabra otra vez!

—¡De veras que no! —dijo Alicia, con mucha prisa por cambiar de conversación—. ¿Te gustan... eres aficionado... a... los perros? —el Ratón no contestó, y así Alicia continuó ansiosamente—: Cerca de casa hay un perro precioso. ¡Me gustaría mostrártelo! ¡Un pequeño terrier, de ojos brillantes, y con un pelo marrón tan largo y rizado! ¡Y cuando le arrojas cosas, las va a buscar, y se endereza para pedir la cena, y un montón de cosas más... que no puedo recordar ni la mitad... y pertenece a un granjero, y él dice que es tan útil que vale un dineral! Dice que mata todas las ratas y... ¡Ay, Dios mío! —exclamó muy afligida Alicia—. ¡Temo haberte ofendido otra vez!

En efecto, el Ratón se alejaba de ella, nadando con todas sus fuerzas, removi-endo violentamente a su paso todo el charco.

Alicia lo llamó suavemente:

—¡Mi querido Ratón! ¡Vuelve y no hablaremos más de gatos ni de perros, si no te gustan!

Cuando el Ratón oyó eso, dio la vuelta y regresó nadando lentamente hacia ella: tenía la cara pálida (de cólera, pensó Alicia) y le dijo, en voz baja y temblorosa:



—Vamos a la orilla y te contaré mi historia, y comprenderás por qué detesto a los gatos y a los perros.

Ya era hora de irse, pues el charco se estaba llenando de pájaros y animales que habían caído dentro: había un Pato y un Dodo, un Loro, un Aguilucho y otras varias criaturas extrañas. Toda la comitiva —Alicia al frente— se encaminó nadando hacia la orilla.



Clásicos del Fondo



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

www.fondodeculturaeconomica.com



9 786071 608147